

nadie pueda oponerse a que vuelvan a sentarse, codo con codo, los diputados de Filipinas y los de Paraguay o los de Chile, en una misma Anficciónia.

Hoy que los anglosajones, sin mayor cantidad de discursos, pero sí con una insistente práctica, han dado el ejemplo, todas las razas afines estrechan sus lazos, refuerzan las junturas para la defenza contra los imperialismos y las penetraciones que tienen por mira el hurto. Sólo nosotros, indiferentes, impotentes, hemos seguido, seguiremos, vendados los ojos, dividido el criterio, inepta la voluntad.

Confiemos en que esto de España es un comienzo. Confiemos en que España consolidará la República; la librá de peligro soviético, mediante un sincero reparto de tierras a los labradores. Y librándola de la amenaza bolchevista, la pondrá a salvo de peligro mayor, la dictadura, con pretexto de reprimir el comunismo.

Confiemos en que España resolverá su problema religioso, sin escuchar la voz de los protestantes, que sufrirán si no ven que se desata en España otra carnicería como

la de México. Confiemos en que España se librá de influencias ajenas y será ahora de verdad española. A los de América no nos interesa la España europeizante. Amamos nuestra vieja España de los misioneros civilizadores. Y todavía recordamos que la libertad no es preciso ir a copiarla de Cartas políticas escritas en inglés. Nos llegó, nos formó el decoro cívico de los viejos Ayuntamientos. Y este espíritu de Cortes y Asambleas municipales, produjo lo mejor que hay en nuestra tierra: la insistencia en la lucha por la libertad. La acción municipal acaba de manifestarse en la Metrópoli, bastante fuerte para tirar un reino. El Municipio castellano sobrevivió a la Monarquía, la derrocó. Este es el mejor primer mensaje que la República puede enviar a los miembros todos de la familia dispersa en naciones. La República española no debe conformarse con ser un acontecimiento europeo; puede ser un acontecimiento de trascendencias raciales, mundiales. Sus ecos resonarán en Chile, en el Perú, en México y en Filipinas. Toda una raza despierta.

José Vasconcelos

La República en España

—Envío del autor—

Primavera civil.—Con estas hojas recién nacidas de la nueva estación, que se asoman curiosas por todas partes en los troncos y en los tallos enternecidos de dulzura solar, han venido también las escarapelas y las banderitas tricolores, agitadas estas últimas como el mundo vegetal por un viento de exaltación y de revuelta.

Los ciudadanos de toda España han acudido a las elecciones, en una como pascua del civismo, y han sepultado las urnas bajo una floración de papeletas electorales. Triunfaron las izquierdas republicanas con el auxilio de la primavera española y de este buen sol que establece luminosas correspondencias con los hombres y las cosas. Los ganaderos y pescadores vascos, los hortelanos y fruteros valencianos, los mineros bilbaínos, los comerciantes catalanes, los campesinos del agre andaluz, han favorecido con su voto a los candidatos antidinásticos. España entera se ha puesto en pie para manifestar por medio del sufragio su voluntad soberana.

Después del sábado electoral, ha venido el domingo de entusiasmo y de concentración de fuerzas. Los monárquicos apenas quieren creer en su derrota. Alfonso de Borbón llama a palacio a los generales adictos y les ofrece la Dictadura: El Almirante Aznar declina dignamente el ofrecimiento. El general Sanjurjo, jefe de esa célebre Guardia Civil, sucesora de la Santa Hermandad, que se ha acotumbrado a considerar como malhechores a todos los españoles, renuncia su cargo para no enfrentarse con el pueblo.

Mientras las altas personalidades de

la Monarquía entran y salen del Palacio Real, la muchedumbre ocupa las calles y las plazas en dramática expectativa. Las figuras más eminentes del socialismo español, Fernando de los Ríos, Alejandro Lerroux, Largo Caballero, se han congregado en casa de Miguel Maura, en compañía de algunos ilustres perseguidos por el régimen como Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña. Presidente del Ateneo de Madrid. Indalecio Prieto y Marcelino Domingo han sido llamados del destierro. En torno de los próceres se encuentra también la agru-

pación «Al Servicio de la República», presidida por tres maestros admirables: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.

El domingo por la noche, pasa resonando como un gran viento *La Marsellesa* por algunas calles de Madrid. La multitud va creciendo hora tras hora. Una bandera tricolor se encoge y se estira sobre una cúpula, en una especie de gimnasia alegre. En palacio hay un trajín inusitado, un ir y venir con objetos valiosos y reliquias antiguas, a los que se desplaza apresuradamente de sus sitios familiares para alojarlos en el fondo de los baúles, destinados a pasar la frontera con rumbo a Francia.

Lunes: primer día de la República. Eibar, Barcelona y Zaragoza han proclamado al nuevo régimen. Un hombre venerable, con la cabeza blanca, agita una bandera tricolor en un ventanillo de la Gobernación, en Madrid. Es Alcalá Zamora. Lo saluda una salva de aplausos. Los guardias civiles se han envuelto en el brazo una banda de tela con los colores de la República. *La Marsellesa* resuena de un lado a otro de España con una entonación que es oída en todos los países de la tierra.

Día y noche han desfilado hombres, mujeres y niños, en una verdadera fiesta cívica, por entre los árboles que parecen celebrar también su fiesta vegetal. Los estudiantes se abrazan con júbilo, pues ven en la naciente democracia la coronación feliz de su obra. Fueron ellos, verdaderos orientadores y mártires, quienes proclamaron, los primeros, la Facultad de San Carlos «cantón republicano», en pleno régimen monárquico y en medio de la molición y el recogimiento de las vísperas de Semana Santa.

Tremolan las hojas recién nacidas. El aire limpio encauza las voces de los himnos. Todo es verde, juvenil, preparado para una nueva vida. En cada balcón se mece como una enhiesta palma de tres colores, la bandera de la España libre. De los campos llegan

Romance de la Niña y el Demonio

— De *La Vida Literaria*, Buenos Aires —

Como quince años cumpliera
(Niño el seno, falda breve)
Al Demonio la llevaran
Y que el Demonio la viera
Y de amar como se debe
Y cortejar la enseñaran.

—Nada sabe la decente,
Dice la madre llorosa,
Ni se pinta ni se aliña.
Es demasiado inocente,
Ojos graves, boca sosa,
Manos tímidas, mi Niña.

Trece noches y sus días
Parlaran Demonio y Niña:
El Demonio y sus quevedos,
Su ciencia y sus diablerías;

Con sus candores la Niña
Graves ojos, fríos dedos.

La madre volvió a los trece
Por la Niña silenciosa:
—¡Oh, Demonio, nada ignoras!
... Que bien abrace y bien bese
Y bien finja, la miedosa...
Y habré regaladas horas...

El Demonio arrodillado,
A la cándida escuchaba,
Sin quevedos la mirada,
El Demonio arrodillado.
Y a la madre suplicaba:
—Déjela usted...

No sé nada...

Marcos Victoria